

—¡Já, já! Me cree enamorada de ese hombre! ¡Cómo si yo pudiera amar á nadie! Por lo demás; ¿he podido amar nunca? ¿He amado alguna vez? No hice mas que un cálculo infame el dia en que me entregué á V.! Fue una venta miserable! Me vendí y nada mas!

—¿Quién ha dicho eso?

—¡Su mujer de V.! Acaba de decirlo, aquí, en este salon, delante de mí! Y yo la he escuchado en silencio! Nada he respondido! ¿Y qué podia responder? Tal vez tenia razon! Por eso no la odio, y ya V. ve que defiendo su casa, que deseo hacer su felicidad!

—¿Su felicidad?

—Naturalmente... Ah! ¡No ha llegado á comprender nada este hombre!.. ¡Todos son iguales!

—Pero ¿qué es lo que quiere V. decir?

—Quiero decir, repuso Ester estallando, no pudiendo contenerse por mas tiempo, que su Enriqueta de V., tan severa para conmigo, tan dura, tan cruel, ama á Federico Deschamps!

—¡Ella!

—Sí, ella! ¿Va V., ahora, á hacerme la injuria de negarlo, de sostener que es demasiado virtuosa, demasiado honrada para esto, que es incapaz de cometer faltas, que yo sola cometo? ¡Pues ya veremos si es ella la que disfruta el monopolio de la virtud! Ah! Me ha insultado, ha hablado de Ester Sandraz como de una mujer perdida, como de una prostituta, pues bien, quiero que ame á su vez, deseo que sucumba, que sienta menos desprecio hácia mí! Quiero, en fin, que Federico Deschamps venga á aquí, viva aquí, respire el mismo aire que ella y la seduzca, al fin, de igual modo que fuí yo seducida!

—¿Y yo? exclamó Vandelle.

—Ah, sí; es verdad, V.; no pensaba en V... pero, en fin, será una nueva venganza que tomaré de V... y magnífica! ¿por qué no pensé antes en ella? Verdad es que desdeñaba yo á su mujer

de V... pero me ha insultado, me ha ultrajado, y al vengarme de ella, voy á vengarme una vez mas de su marido. V. me engañó, me abandonó, me perdió, me pisoteó para contraer un rico matrimonio, para casarse con una fortuna y una virtud; en cuanto á la fortuna, puede V. guardársela: ya me la ofreció V. y no la quise; pero en cuanto á la virtud de esa señora, empiece V. á no contar mas con ella; pronto va V. á perderla! ¡Quiero que la pierda V.! Así, pues, queda dicho; desde mañana el amigo de infancia de Enriqueta será huésped de esta casa; si no lo hace usted así, parto y no vuelve V. á verme mas. Ni siquiera le quedará á V. el consuelo de esperar que un dia tal vez el pasado nuestro, renazca de sus cenizas.

Acompañó estas últimas palabras, con una profunda mirada, y abandonándole á sus reflexiones, salió sin querer oírle.

### XXIII.

Quedó anonadado Vandelle bajo el flujo de aquellas palabras; aterrado por aquella inesperada escena, asustado de las nuevas pretensiones de Ester.

¡Aquello era una locura! El aislamiento relativo á que Ester se habia condenado, su brusco trasplante á un país semi-salvaje, las privaciones que se imponia, la abstinencia, á que por ideas de venganza se condenaba, todas sus aspiraciones ahogadas, sus deseos no satisfechos, habíanle de fijo, producido en ella una profunda perturbacion. Hallábase enferma del cerebro, indudablemente, y seria peligroso obedecer á sus lucubraciones, seguir la senda por donde pretendia arrastrarle.

Todo esto pensaba Vandelle.

Recorria á grandes pasos el salon, calculando estas cosas, hablando en voz alta, haciendo gestos, como si verdaderamente fuese él quien se volvia loco.

De repente, se paró, permaneció un segundo en el mismo sitio, y luego se dirigió lentamente á una butaca colocada cerca de la chimenea, se sentó, y abordó otras ideas, sino mas prudentes, al menos mas tranquilas.

En resumen ¿qué era lo que exigia Ester? Que Federico Deschamps entrase en la fábrica en calidad de ingeniero. Y precisamente esto mismo era lo que hacía tiempo le estaba pidiendo Enriqueta. Habíase negado á acceder á este deseo, por puro capricho, por espíritu de contradicción, porque en verdad, él necesitaba un ingeniero, y el que le ofrecían, presentaba las mejores garantías. Hubiera, pues, concedido fácilmente á su antigua querida la plaza solicitada por su mujer, si Ester se hubiese interesado por Federico Deschamps, únicamente como discípulo de la Escuela central. Pero no era así. Se le daba un papel que representar, no en la fábrica, sino en la casa, no entre los obreros, sino al lado de Enriqueta. Y esta, á su vez, no recomendaba á un empleado sin empleo, sino que se interesaba por un hombre simpático, que le gustaba, y Ester pretendía igualmente favorecer sus amores. ¿No debía, pues, rechazar con indignación las recomendaciones que se le presentaban, y cerrar su puerta á aquel ingeniero disfrazado?

Avanzando en sus reflexiones, ahondando mas el asunto, llegó á decirse también que exageraba el caso, que le faltaba sangre fría para razonar. Ester, no podía, dado su carácter, comprender el de Enriqueta. Prestábale evidentemente intenciones y aspiraciones absolutamente indignas de ella. Enriqueta por desdeñada que se viese, no era mujer para faltar á sus deberes. Él no la amaba, ni la había amado nunca tal vez, pero no por eso dejaba de hacerle justicia. Podía, pues, sin peligro alguno, introducir á Federico Deschamps en su casa. Enriqueta no caería; estaba seguro.

Pero ¿y si se engañaba? ¿Y si Enriqueta se veía arrastrada hacia su amigo de la infancia, mas vivamente de lo que él su-

ponía, y aun de lo que ella misma pensaba; si intentase, acaso, buscar en él un refugio, consolarse con él de su amor burlado, de sus sueños perdidos, de su abandono? No era, en este caso obligación suya protegerla contra sí misma, alejar de su lado toda tentación peligrosa, ponerla al abrigo de cometer la falta? Ciertamente, este era su deber! Preciso era que Ester hubiese perdido la razón, y creerle á él tan loco como ella misma, para hablarle del modo que lo había hecho, para ordenarle que cometiera una acción deshonrosa.

En este punto de sus meditaciones, abandonó el sillón en que se hallaba sentado, y volvió á pasearse mas agitado, mas febril que nunca. Y era que se veía obligado á reconocer que Ester no se engañaba; le había juzgado bien. Sí; estaba loco; sobre todo, después de su última derrota; su vanidad y su orgullo humillado, sus sentidos mortificados, le irritaban, le agitaban atrocemente, le ponían fuera de sí. Tenía una idea fija como los locos; y esta idea era triunfar de las resistencias de Ester, vencer su frialdad, animar aquel mármol, volver á la vida aquella estatua!

Y no sabía que hacer para conseguirlo: dudaba ya de sí mismo; tenía miedo á ser vencido una vez mas. Sin cesar, pensaba en ella, veía en su cuarto tal como la había contemplado, tal como la había estrechado entre sus brazos, y lejos de calmarle su indiferencia, lejos de enfriarle su frialdad, sentíase mas sobrecitado que antes, mas poseído por deseos ardientísimos.

Y precisamente, ella acababa de dejarle entrever el fin de aquel largo martirio, la victoria después de tan numerosas derrotas, una recompensa ardientemente deseada, una paz relativa después de un mortal enervamiento. Sí; en cuanto él la diese ocasión para vengarse de la que le había ultrajado, de fijo que se humanizaría, que resucitaría el pasado y sus dulcísimas, muertas voluptuosidades.

Pero justamente esta esperanza, esta promesa, le asustaban,

y espantaban la escasa conciencia que le quedaba. Enriqueta no corría riesgo alguno, su virtud se hallaba al abrigo de cualquier peligro. Podía pues, impunemente, dar á Federico Deschamps la plaza que para él le pedía; pero rendirse á las solicitudes de Ester, aceptar el trato que ella le proponía.....

¡Oh, eso nunca!

Resuelto, pues, esta vez, completamente decidido á no sucumbir á una tentación infame y criminal, abandonó la sala, para subir á su habitación.

Halló una carta en ella.

Una carta que había sido colocada durante aquella misma noche encima de la chimenea.

La abrió, y leyó lo siguiente:

«Enrique:

«En la conversacion que hoy hemos tenido, no me he atrevido á decirte ciertas cosas, que despues de una concienzuda reflexion, creo deber trasmitirte por escrito.»

«Segun mi contrato de matrimonio, la mitad de la fábrica «que tú dirijes, me pertenece.»

«Dado, pues, esto, ¿no encuentras verdaderamente dura la «persistencia que empleas en rehusarme la gracia que tantas «veces te he pedido, y es que des una plaza en esa fábrica á un «hombre que puede prestarnos grandes servicios, á mi amigo de la infancia, á Federico Deschamps.....»

—Ah! exclamó Vandelle, interrumpiendo su lectura: ¡ella lo quiere! ¡Ella es quien lo quiere! ¡Ella es la que me declara la guerra!

FIN DE LA SEGUNDA PARTE.

## PARTE TERCERA.

### I

Estamos en invierno. La llanura que rodea á Montréjeau, y las colinas mas próximas se hallan cubiertas de una espesa nieve, inmediatamente endurecida, al soplo tenaz del viento N. E.

Las montañas del horizonte, en otra época reverdecidas, y cuyas cimas solamente, con sus eternas nieves, recuerdan el invierno, se han blanqueado en una sola noche; los troncos de algunos pinos gigantescos, ó rocas demasiado perpendiculares para que la nieve pueda fijarse en ellas, son las únicas que derriban sombras sobre aquel fondo uniforme. Los ventisqueros, que solo se dán á conocer en el verano por sus reflejos y su color un tanto gris, confúndense ya con las praderas, con los matorrales, con los enormes témpanos de nieve, y toman tambien el tinte blanco de la montaña.

Reina el mas profundo silencio al rededor de la casa de Vandelle. No se oye otra cosa mas que el monótono ruido del NESTE, rodando impetuosamente por entre las rocas, antes de precipitarse en el Garona, que hinchado por sus afluyentes, pierde su tranquilidad, y renuncia á ser rio para convertirse en torrente.

A determinadas horas, la fábrica deja oír sordos mugidos,